

LEYENDA DE VERACRUZ: ASUNTITA

Pilar Caro

Una señora muy estirada, con esos aires de grandeza que caracterizan a quienes se sienten dueños del mundo por tener muchos doblones ocultos en las vasijas de barro (antecedentes de las alcancías y los bancos), que vivía en la segunda calle de la caleta, hoy Independencia, entre Constitución y Emparam -el barrio de los potentados de la época-, estaba tratando de hacer negocio y se empeñó en comprar a precio muy bajo una vieja cama cuyo dosel, pensaba, parecía como de un verdadero trono.

Ella no tenía sangre azul en sus venas porque venía de una familia que en España se dedicaba al cuidado de los puercos de algún palacio (asunto que mantenía en secreto, por supuesto), pero sí tenía mucha plata y mucho oro guardados en las vasijas y, según ella, una cosa suplía a la otra, así que quiso adquirir esa cama porque ¡quería sentirse como una reina!

La vieja cama con dosel fue instalada en su dormitorio y entonces... comenzaron a ocurrir esas cosas de las que se hablaba con mucho misterio en los círculos de las viejas escopetadas y chismosas que, como ahora, abundaban. Decían que la misma noche que estrenó su cama con dosel, apenas posó su viejo cuerpo, sintió como si un espíritu se posesionara de ella, sintió angustia y terror unos instantes y luego todo volvió a la normalidad. Entonces pensó que esa impresión era por el cambio de cama y se entregó tranquila en brazos de Morfeo, lo cual no es de extrañar, porque a su edad y con tal figura, eran los únicos brazos a los que podía entregarse.

Decían también que otra noche dormía plácidamente cuando despertó sobresaltada al escuchar que le llamaban: ¡Asuntita! ¡Asuntita! y fue jalada por los pies con gran fuerza por alguna ánima perdida, entonces gritó pidiendo auxilio, la servidumbre acudió rápidamente, revisaron muy bien la habitación y nada; pero ahí Asuntita comenzó a pensar que realmente algo andaba mal.

Una noche antes de acostarse escuchó recias pisadas, ruido de armas y el rechinar de la cama con dosel, fueron horas de angustia y miedo y sólo cuando el cansancio la venció y después de rezar y encomendarse a Dios y a toda la corte celestial, llena de miedo se acostó.

En otra ocasión, pudorosa y recatada como dicen que eran en ese tiempo las damas, Asuntita cambiaba su elegante atuendo por una ridícula camisa de dormir, mostrando sus

pobres encantos, tan ajados como quedan hoy los presidentes y gobernadores al acabar el sexenio, y en ese preciso instante, brotó de algún rincón de la estancia una cargada tenebrosa que recorrió la alcoba hasta concentrarse en la cama con dosel, ¡la dama sintió que se le erizaban los pelos!, ¡que se le salía el corazón!, pero su orgullo surgió como en sus años mozos y valientemente dispuesta a enfrentarse a lo desconocido o a tener una experiencia diferente... se acostó.

¡No lo hubiera hecho!, sintió que unos brazos se cerraban sobre ella, que una cara se apretaba sobre su cara, que un aliento endemoniado la cubría y un olor a muerto se esparcía por la alcoba, entonces dio un tremendo alarido que conmocionó a todo el barrio, se lanzó fuera de la cama y con su enorme batón corrió como loca hacia la calle pidiendo auxilio.

Las comadres del barrio de la Caleta encontraron, entonces, un campo propicio para sus charlas, así se supo que doña Asuntita, después de su espantosa experiencia mandó destruir todos los muebles de su alcoba, incluida la vieja cama con dosel que fue a parar al basurero, no dejó nada, ni siquiera ese tan necesario mueble que era su venerable taza de noche.

Contaban que quien la había espantado era un noble caballero que en vida, claro, se había distinguido por su audacia con las damas, le gustaban ricas, pobres, gordas, flacas, altas, bajitas, rubias, morenas, viejas, jóvenes, y como murió sin confesión su alma vagaba en pena utilizando su vieja cama con dosel para sus aventuras de ultratumba... Ay, ¡si las camas hablaran...!

(Versión basada en textos de don José Peña Fentanes y don Francisco Broissin Abdalá)

